



# Hay más cera de la que arde

## Entrevista a Joaquín Arriola

por Miguel Riera

**E**n el número anterior de esta revista Armando Fernández Steinko planteaba la necesidad de refundar la izquierda, y daba claves sobre cómo hacerlo. No parece, sin embargo, que los acontecimientos transiten por los caminos que éste dibujaba. La pregunta con que el economista madrileño iniciaba su texto era: ¿Refundar qué y por qué? Una pregunta que le planteamos ahora a Joaquín Arriola, profesor de Economía Política en la Universidad del País Vasco y colaborador de esta casa.

—¿Refundar qué y por qué?

—No se si hay que refundar algo, en el sentido estricto del término. Probablemente no, porque todo indica que entre 1989 y 2008 se ha cerrado un ciclo histórico-político mundial y ahora las prácticas políticas y organizativas del antiguo régimen han dejado de ser eficaces. Y la expresión política de la izquierda española más relevante se estableció en 1986, forma parte del pasado y existe a duras penas por lo mismo que el dólar se sigue usando como medio de pago y activo de reserva internacional: porque todavía no se ha inventado un nuevo sistema que lo sustituya. El problema es que también se ha agotado el tiempo de prórroga, tanto en el plano político como en el monetario. La necesidad de cambio es cuestión de supervivencia a corto plazo. Y en Europa, salvo en Alemania, en ningún país se han dado pasos significativos para ir practicando la política del siglo XXI, que entre otras cosas exige superar las divisiones teórico-prácticas propias del siglo XX entre socialdemocracia y comunismo. Es cierto que entre los fundadores de IU estaba presente esta intuición fundamental, pero no con la suficiente consistencia, y en pocos años aquel proyecto potencialmente novedoso derivó en otra cosa bastante más tradicional, hoy claramente obsoleta.

—Entiendo que lo que postulas es la necesidad de crear un proyecto nuevo, como en Alemania, sobre la base de los mimbres actuales. Pero nuestra situación es muy diferente a la de la nueva

izquierda alemana (cuyo éxito a medio y largo plazo, por cierto, está por ver). ¿Con qué mimbres habría que contar en nuestro caso, y cuáles habría que desechar, si es que hay que desechar alguno?

—En España tenemos una gran experiencia en inventar prácticas políticas de vanguardia, pero muy poca capacidad de convertirlas en innovaciones sostenibles a largo plazo. Así, inventamos la revolución en la revolución, con el desarrollo de las comunas agrarias anarquistas, insostenibles en una lucha contra un ejército profesional internacional. Después inventamos el sindicalismo de nuevo tipo (de base, asambleario, en red...) pero lo sustituimos a las primeras de cambio por un sindicalismo socialdemócrata tradicional y jerárquico, en pleno auge del neoliberalismo, es decir fuera de contexto. Con IU pasó algo parecido: se planteó como un proyecto local capaz de superar la escisión secular de la izquierda europea en sus dos ramas fundamentales, y acabó colapsando en una combinación ideológica de partido radical y nacionalismo periférico. En todo caso, difícilmente se podrá plantear una propuesta política eficaz que no cuente con la movilización de los trabajadores y de los jóvenes. Es decir, que pase por el ajuste de cuentas del sindicalismo con sus prácticas subordinadas al capital, y que incorpore en las formas políticas las experiencias comunicativas y culturales de las generaciones nacidas en plena revolución de la información. Un proyecto político democrático y socialista nuevo tiene que ser capaz de lograr que



la política deje de ser un medio de vida individual para convertirse en un medio para la vida social. Lo cual requiere romper con los criterios tradicionales organizativos y de representación política, y reactivar la creatividad orgánica manifestada en otras coyunturas.

—*Esa escisión secular que citas, ¿no se deriva en el fondo de que, aún hoy, hay una izquierda que se reclama anticapitalista, y otra que antes llamábamos reformista, capaz de convivir con el capitalismo? ¿Te parece posible reunir a esas dos izquierdas en un mismo proyecto?*

—La división entre socialdemócratas y comunistas deriva más bien de la estrategia y tácticas para superar el capitalismo, la división entre reforma y revolución, ruptura. En ese sentido, ambas corrientes son anticapitalistas. De hecho, no entiendo qué contenido puede tener una izquierda pro-capitalista. Lo que ocurre es que en ambos campos se han producido derivas y transiciones. En uno de ellos, de la socialdemocracia al social-liberalismo, unas prácticas políticas cuyo contenido de izquierda es equivalente al del socialcristianismo, a la derecha de la propia Doctrina Social de la Iglesia. En el otro campo, las estrategias rupturistas se han matizado, y de hecho, el comunismo practicante está en la búsqueda de nuevos contenidos para fundamentar un reformismo “fuerte”. Superar la división histórica es por tanto un requisito imprescindible de un nuevo reformismo anticapitalista, de una ruptura progresiva, sostenida en el tiempo, con la acumulación del capital. En ese viaje, sobran los socioliberales, y probablemente sean necesarios otros mimbres, por usar tu metáfora, procedentes de otras formas de radicalismo vital e ideológico. De algún modo, la expansión de los espacios de decisión colectiva, en la asignación del trabajo y de los recursos, debiera constituirse en el núcleo de la nueva propuesta política. Frente al expansionismo estéril del mercado, una respuesta contundente de desarrollo de los bienes colectivos, de los bienes públicos, rescatando para la distribución racional los productos esenciales secuestrados por el mercado (alimentos, vivienda, cultura...), forma parte del nuevo compromiso anticapitalista.

—*¿Cómo se rompe en la práctica con los criterios tradicionales organizativos y de representación política? ¿Es factible que esa ruptura se produzca desde dentro de las formaciones políticas actuales?*

—Creo que la propia idea de partido político forma parte de un ámbito muy restringido de lo que tiene que ser la práctica polí-

tica, el de la representación de intereses. Los partidos siguen siendo necesarios porque el debate político se organiza en instituciones compuestas por representantes electos, y la participación de los ciudadanos se articula de modo indirecto a través de estas instancias de representación que son los partidos. Tan solo en el poder judicial se ha introducido una forma de representación institucional de la ciudadanía que no pasa por los partidos, limitada en su alcance, en la figura del jurado popular. Lo que se trata es de organizar de otra forma las instituciones políticas deliberativas y ejecutivas para que, por un lado, incorporen muchas dimensiones sociales excluidas del debate democrático, desde el dinero y el crédito hasta la asignación del trabajo social y los recursos productivos, y por otra, aprovechar la revolución de la información para intensificar la calidad de la democracia mediante procedimientos de participación directa de los ciudadanos.

Los partidos que quieran avanzar en esta línea tienen que comenzar un proceso de evolución —yo no lo llamaría necesariamente “de ruptura”, salvo con la inercia actual— desde su papel de representantes a otro de facilitadores de la participación directa de los

ciudadanos. Si empezaran por elegir sus candidatos a representantes institucionales por sorteo entre sus afiliados y no mediante un remedo particular del sistema general de listas electorales, se prefiguraría la democracia participativa que se propugna como modelo, se ahorraría una enorme cantidad de tiempo y energía política desperdiciada en luchas por los puestos, que se canalizarían al debate interno sobre propuestas y a garantizar la correcta representación de esas propuestas políticas en las instituciones. Sería la única forma de que funcionara el centralismo democrático, la única alternativa realista y eficaz al centralismo burocrático u oligárquico vigente en casi todos los partidos. Si una evolución en esta línea es factible o no desde las formaciones actuales, depende del nivel de conciencia existente en las mismas. Porque si no hay Carta Magna, la alternativa es la toma de La Bastilla o del Palacio de Invierno, pero la evolución social es imparable, también en la política.

—*Todo eso suena muy bien, pero como decía la fábula, me temo que las uvas están muy verdes. Partamos de lo existente, empezando por una fuerza política que ha anunciado una voluntad de refundación: Izquierda Unida. Antes la has calificado de mezcla de radicalismo y nacionalismo periférico. ¿Ves posibilidades de una refundación real, que recogiera esos cambios que defiendes?*

—Las uvas pueden estar verdes, pero tampoco tenemos crite-

**Los partidos que quieran avanzar en esta línea tienen que comenzar un proceso de evolución.**







rios para determinar cuanto tiempo de maduración precisan. Como digo, todo es cuestión de la acumulación de conciencia necesaria para el cambio. Y esta revolución cultural requiere a su vez de prácticas concretas que nutran nuevas experiencias de hacer política. Tampoco estamos huérfanos de estas en nuestro entorno más inmediato. Por ejemplo, Marinaleda. He ahí un caso de democracia directa local, que me parece que está teniendo más repercusión fuera de nuestras fronteras que dentro, a pesar de que de alguna forma es una experiencia vinculada a Izquierda Unida. ¿Tan difícil es estudiar a fondo el modelo, analizar sus limitaciones y ventajas, y plantear réplicas o versiones adaptadas en otras localidades donde la influencia política de IU lo permita? Otro ejemplo, los presupuestos participativos de una veintena de entidades locales, desde Sevilla hasta Tudela, que han dado incluso lugar a la formación de una Red Estatal por los Presupuestos Participativos. La profundización y extensión de esta forma de democracia directa tiene que ser un componente esencial de una nueva política. Sin embargo, tan solo alcanza a un número muy limitado de localidades, inferior incluso a las pocas en las que IU es fuerza mayoritaria. Y en muchas de las que participan en la red, su presencia es poco más que testimonial. No creo que en estos momentos la

anunciada refundación de Izquierda Unida pueda dar lugar a una transformación global de la cultura política de la izquierda española. Sin embargo, en el ámbito local –municipal, comarcal, provincial, autonómico... IU sí es la fuerza política que puede contribuir en mayor medida a realizar una acumulación de experiencias y prácticas democráticas que prefiguren esa nueva política.

—*Previamente habría que cohesionar las múltiples grietas que IU padece, tanto a nivel interno, de familias en pugna, como a nivel territorial, con federaciones o formaciones hermanas (realmente no sé qué son hoy Esker Batua y Esquerra Unida y Alternativa, por ejemplo) que parecen estar ensimismadas en sus características diferenciales. ¿No te parece?*

—Precisamente haces referencia a dos casos que expresan algunas de las servidumbres de la izquierda realmente existente (faltarían, para completar el cuadro, el ladrillismo y el conformismo presentes en otras dos federaciones de cierta importancia). En ambos casos se manifiesta el papanatismo con el que la izquierda española ha enfrentado el problema autonómico, transformado en problema nacional para la izquierda por ósmosis de la ideología reaccionaria, de raíces carlistas, del nacionalismo periférico hispano. Con todo, creo que son situaciones diferentes. En el caso de Ezker Batua, se trata de un partido diverso, cuya ideología dominante es la propia del progresismo post-socialista de los ambientes oenegeros politizados. Una ideología que entronca muy bien con la orientación socialcristiana mayoritaria del PNV. En el caso de EUiA, me parece que son los restos de la izquierda comunista, con poca capacidad y ganas de tejer alianzas y transformar su pensamiento y acción. Con el agravante de estar subordinada a intereses bastardos de quienes luchan fundamentalmente por sus puestos de trabajo en el espacio de la política institucional. Es curioso como el prosovietismo de una parte de la izquierda comunista catalana nos ha dejado como herencia lo mejor y lo peor de la izquierda para acompañarnos en esta etapa de desierto en la que nos encontramos (el eurocomunismo, por su parte, no nos dejó nada, pues emigró en sucesivas tandas al social-liberalismo).

—*¿Ladrillismo? ¿Conformismo? ¿A qué te refieres.*

—La conformación de algunos grupos de poder dentro de IU, e incluso la estrategia de alianzas locales, está lastrada en ocasiones por la participación orgánica o adyacente en el negocio inmobiliario. Y no es que me parezca mal el negocio, al fin y al cabo estamos en una economía capitalista. Lo que me parece inaceptable es que incluso los desinteresados intereses crematísticos determinen la acción política de la izquierda organizada. Y otro lastre con el que tenemos que cargar es el de los sec-



tores que habiendo conseguido y consolidado un cierto espacio de poder institucional, organizan su práctica política en función de la conservación de dicho espacio. Son los sectores que consideran que el terreno de juego de la izquierda está acotado en España en el 10%, y lo que se necesita es una izquierda que nos lleve del 3,5% a ese otro porcentaje. Estas dos servidumbres son las que más pesan en el mantenimiento de una izquierda subordinada al social-liberalismo.

—Además de IU, hay otras fuerzas en la izquierda, que aunque tienen poca consistencia a nivel electoral, desarrollan una actividad importante por abajo, y con las que habría que contar en un proceso de refundación. Pienso, por ejemplo, en Izquierda Anticapitalista.

—No creo que en IA podamos encontrar nada especialmente diferente a lo que también hay en IU. Hasta el nombre, tomado del espacio de alianzas de la LCR francesa, denota una falta de originalidad y arraigo social en España. Otra cosa es el espacio, todavía vigente, de una izquierda libertaria, que sí responde a una herencia propia y que desarrolla unas prácticas sociales y culturales muy interesantes, y que además cuenta con una presencia en el mundo del trabajo no desdeñable. A largo plazo, tampoco hay que descartar que se produzca un debilitamiento de la ideología nacionalista que constriñe el potencial de sectores importantes de la izquierda, en el País Vasco, en Galicia o en Canarias.

Más interesantes me parecen también otras prácticas sociales, que con frecuencia adoptan un carácter pre-político, y que se construyen a impulsos, no siempre conscientes, de superación de la lógica del capital: el voluntariado, la donación de tiempo personal al cuidado y atención de los otros, las experiencias de intercambio no mercantil... Lamentablemente, frente a la posibilidad de su traducción en el discurso de izquierda, este espacio está siendo ocupado por la ideología del “tercer sector” que es una no tan nueva forma de subsunción del trabajo al capital, ahora con la mediación del sinanimodelucrismo y del buen rollito.

—Siguiendo tu análisis, podemos decir que para que exista una refundación deben producirse cambios importantes por arriba (en los partidos y no sé si piensas que también en los sindicatos) y por abajo, en el sentido de esa movilización de los trabajadores y de los jóvenes de la que hablabas antes. Si dispusieras de una varita mágica, ¿por dónde empezarías a cambiar las cosas? —Es que los cambios no son el punto de partida, sino de llega-

da. Me explico: hay un exceso de voluntarismo en las propuestas de refundación-reconversión, porque no parten de un análisis realista de la situación. Y la situación es la de una derrota político-moral que impide hoy por hoy la disputa de la hegemonía al neoliberalismo, y por otro lado la pervivencia de estructuras organizativas propias de la política del siglo XX, anteriores a la revolución de la información.

Me parece que el trabajo político más importante hoy es el de las secretarías de formación de las organizaciones sociales y políticas. Desarrollar un pensamiento propio para poder definir las claves de una política alternativa. E ir alimentando ese análisis colectivo con el desarrollo de prácticas sociales, políticas, también institucionales, que supongan un desafío concreto y específico a las formas jerárquicas de la dominación de clase, en nuestro caso capitalista. A veces me da la impresión que hay en nuestro entorno muchas y muy ricas experiencias de lo uno (el pensar) y lo otro (el actuar) y que lo que falta es la organicidad necesaria para digerirlas, depurarlas y convertirlas en el caldo de cultivo de una nueva praxis colectiva de transformación. Piensa

en las revistas, blogs y foros digitales, en las campañas puntuales (por la vivienda, por el trabajo digno) o continuas (foros sociales, cursos de verano), en los intentos de organizar de otro modo el consumo, el reparto del tiempo de trabajo, la donación, en los gru-

pos académicos de estudio de Marx, en los espacios no académicos de reflexión como Espai Marx, la FIM o tantos cursos y seminarios por toda la geografía del país. En fin, que hay más cera de la que arde en los pebeteros de los partidos y sectas al uso.

—Detecto en esta respuesta, a pesar de todo, una buena dosis de optimismo. ¿Eres optimista?

—En los términos en los que establecemos la apuesta, pues necesariamente hay que ser optimista, porque de otro modo, el cálculo de probabilidades aconseja acomodarse en las prácticas de gestión “con sensibilidad social” que es donde están los centros (derecha e izquierda) y también parte de la izquierda. Pero a continuación hay que añadir que ese optimismo, si quieres, se fundamenta en la conciencia profunda del sentido de la lucha, ya que a lo largo de la historia hay un fino hilo que conecta las prácticas de liberación de hoy con las luchas del pasado, con Espartaco, los comuneros de Castilla, la Comuna de París o los Mau Mau de Kenya, con la parte más consciente de la humanidad en su aspiración ineludible hacia la libertad y la autoconciencia. Y en la más que razonable seguridad de que el capitalismo es hoy el principal obstáculo para avanzar en ese proceso ■

